

Consagración diaria

No se amolden al mundo actual, sino sean transformados mediante la renovación de su mente. Así podrán comprobar cuál es la voluntad de Dios (Romanos 12: 2).

PARA LLEGAR AL IDEAL QUE DIOS tiene para sus hijos, él tuvo que educar a su pueblo, partiendo casi de la nada. Comenzó en el desierto, dándoles el santuario y su ritual con lecciones objetivas del evangelio. Esas lecciones son útiles aún hoy para nosotros, ya que podemos entenderlas con más claridad pues estamos de este lado de la cruz.

En el santuario había dos tipos de ceremonias rituales: El servicio diario y el servicio anual. El servicio diario constaba del holocausto matutino y vespertino, las ofrendas por los pecados individuales, y el ofrecimiento de incienso. Los holocaustos de mañana y tarde, y el ofrecimiento de incienso eran ministerios colectivos, pues se ofrecían para toda la nación. Las ofrendas por el pecado eran un ministerio individual. Los ofrecían quienes de alguna manera consideraban que habían violado las leyes de Dios o los reglamentos ceremoniales. Los holocaustos y las ofrendas por el pecado se realizaban en el atrio, en el altar de los holocaustos.

El ofrecimiento de incienso se realizaba en el lugar santo, en el altar de incienso que se hallaba frente al velo que separaba al lugar santo del Santísimo.

Cada mañana y cada tarde se ofrecía en holocausto sobre el altar un cordero de un año sin defecto. La instrucción era: «Todos los días ofrecerás sobre el altar dos corderos de un año. Al despuntar el día, ofrecerás uno de ellos, y al caer la tarde, el otro» (Éxo. 29: 38, 39). Esta ceremonia simbolizaba la consagración diaria a Dios de toda la nación, y su constante dependencia del Señor. «Las horas designadas para el sacrificio matutino y vespertino se consideraban sagradas, y llegaron a observarse como momentos dedicados al culto por toda la nación judía. En esta costumbre, los cristianos tienen un ejemplo para su oración matutina y vespertina» (*Patriarcas y profetas*, p. 367).

El culto diario

Yo, Señor, te invoco cada día, y hacia ti extendiendo las manos (Salmo 88: 9).

LA CONSAGRACIÓN DIARIA A DIOS era vital para la nación judía; y lo es para nosotros hoy. El holocausto matutino y vespertino les brindaba la oportunidad de consagrarse a Dios para las labores del día, y para reflexionar en ellas al descansar en la noche. Necesitamos hacer esto con diligencia cada día. «Si bien Dios condena la mera ejecución de ceremonias que carezcan del espíritu de culto, mira con gran satisfacción a los que le aman y se postran de mañana y tarde, para pedir el perdón de los pecados cometidos y las bendiciones que necesitan» (*Patriarcas y profetas*, p. 367).

Este holocausto matutino y vespertino llegó a ser muy importante con el paso del tiempo, cuando la mayoría de los judíos no estaba cerca del santuario o del templo para ir a orar mientras este sacrificio se ofrecía. Los que vivían lejos, o en países remotos, y querían consagrarse a Dios cada día, lo hacían en sus hogares a esas horas, en el lugar donde estuvieran, para unirse en oración y hacer propios esos sacrificios. Tal fue la práctica de Daniel en Babilonia (Dan. 6: 10).

Estos sacrificios se ofrecían sobre el altar de los holocaustos, que era el primer mueble del santuario que el adorador encontraba al entrar por la puerta del atrio. La misma posición de este altar, junto a la puerta de entrada del santuario, indicaba que la primera necesidad del pecador era que sus pecados fuesen lavados por la sangre del cordero. Así debe ser también hoy en nuestra experiencia. Lo primero que tenemos que hacer es reconocer nuestra condición pecaminosa, y acudir a Cristo, el Cordero que fue sacrificado por nosotros.

Reflexionemos en esto: «A la mañana y a la noche, el padre, como sacerdote de la casa, debe confesar a Dios los pecados cometidos durante el día por él mismo y por sus hijos [...]. Esta norma, celosamente observada por el padre cuando está presente, o por la madre cuando él está ausente, resultará en bendiciones para la familia» (*El hogar cristiano*, p. 189).

Perfecto y continuo

El precio de su rescate no se pagó con cosas perecederas, como el oro o la plata, sino con la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin defecto (1 Pedro 1: 18, 19).

DIOS INDICÓ EXPRESAMENTE A LOS ISRAELITAS que toda ofrenda presentada para el servicio del santuario debía ser «sin defecto» (Éxo. 12: 5). Los sacerdotes debían examinar rigurosamente todos los animales que se traían como sacrificio, a fin de ver que no hubiese defecto alguno en ellos, y rechazar los que estuvieran defectuosos. Estos sacrificios simbolizaban la consagración a Dios que debía ser sincera y sin doblez. Nuestra consagración y entrega al servicio de Dios debiera ser así. Es necesario que tratemos de hacer esta ofrenda tan perfecta como sea posible. Dios solo quedará satisfecho con lo mejor que podamos ofrecerle. Además, el rito enseñaba que solo una ofrenda «sin defecto» podía simbolizar la perfecta pureza de Aquel que había de ofrecerse como «cordero sin mancha y sin defecto» (1 Ped. 1: 19).

A estos sacrificios se los conoce como holocaustos: “todo quemado”. Debía consumirse en el fuego totalmente. Esto nos habla claramente de que el sacrificio, para que sea de olor grato a Dios, debe ser una entrega total. Todo debe colocarse sobre el altar; todo debe dedicarse a Dios.

Este holocausto proporcionaba expiación temporal y provisoria para la nación, hasta tanto el pecador pudiese comparecer, llevando su propio sacrificio. Los rabinos enseñaban que el sacrificio matutino expiaba los pecados cometidos durante la noche; y el sacrificio vespertino, los pecados del día. Los holocaustos diarios eran quemados en el altar, pero con fuego lento, para que un sacrificio durara hasta que fuese colocado el siguiente (Lev. 6: 9). El sacrificio vespertino duraba hasta la mañana, y el sacrificio matutino duraba hasta la tarde. De este modo, siempre había una víctima sobre el altar, para proporcionar expiación provisoria y temporal para Israel. Era parte del servicio llamado «continuo», que simbolizaba la benévola y continua provisión que Dios hace para el hombre. Apuntaba hacia el ministerio de Cristo, quien vive «siempre para interceder por ellos» (Heb. 7: 25).

Sacrificios por el pecado I

Él es el sacrificio por el perdón de nuestros pecados, y no solo por los nuestros sino por los de todo el mundo (1 Juan 2: 2).

OTRA PARTE DEL SERVICIO DIARIO que se ofrecía a la comunidad era el sacrificio por el pecado individual. Las personas que reconocían haber cometido una violación involuntaria contra los mandamientos de Dios, debían traer una ofrenda como sacrificio por su pecado. La ley decía: «Si el que peca inadvertidamente es alguien del pueblo, e incurre en algo que los mandamientos del Señor prohíben, será culpable. Cuando se le haga saber que ha cometido un pecado, llevará como ofrenda por su pecado una cabra sin defecto. Pondrá la mano sobre la cabeza del animal, y lo degollará en el lugar donde se degüellan los animales para el holocausto. Entonces el sacerdote tomará con el dedo un poco de la sangre y la untará en los cuernos del altar del holocausto, después de lo cual derramará el resto de la sangre al pie del altar. [...] Así el sacerdote hará expiación por él, y su pecado le será perdonado» (Lev. 4: 27-31). La ceremonia incluía el acto de confesión del pecado.

Debe haber sido una experiencia horrible tomar una oveja inocente y degollarla delante del altar después de confesar el pecado. La sangre salía del cuello de la víctima a borbotones. Esto debió de haber dejado en el corazón de cada israelita una impresión duradera de cuánto Dios aborrece el pecado. El primer sacrificio que Adán ofreció a Dios fue, por una parte, una experiencia aterradora, y por otra, una experiencia que le infundió gozosa esperanza. Leemos: «Mientras mataba la inocente víctima temblaba al pensar que su pecado haría derramar la sangre del Cordero inmaculado de Dios. Esta escena le dio un sentido más profundo y vivido de la enormidad de su transgresión, que nada sino la muerte del querido Hijo de Dios podía expiar. Y se admiró de la infinita bondad del que daba semejante rescate para salvar a los culpables. Una estrella de esperanza iluminaba el tenebroso y horrible futuro, y lo libraba de una completa desesperación» (*Cristo en su santuario*, p. 26).

Sacrificio por el pecado II

Por eso Dios envió a su propio Hijo en condición semejante a nuestra condición de pecadores, para que se ofreciera en sacrificio por el pecado (Romanos 8: 3).

EL SACRIFICIO POR EL PECADO INDIVIDUAL era la ofrenda que más particularmente señalaba la muerte vicaria de Cristo. Como vimos anteriormente, Juan el Bautista lo señaló como «el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo». El que ofrecía un sacrificio por su culpa, obviamente estaba reconociendo su pecado y confiando en que el sacrificio de la víctima inocente le daba el perdón. Pero todavía en forma más dramática tenía que poner su mano sobre la víctima y confesar su pecado antes de degollarla. Con este acto, estaba diciendo varias cosas: Primero, que era pecador; segundo, que estaba arrepentido; tercero, que era necesario confesar su pecado; cuarto, que confiaba en la víctima como su sustituto; quinto, que la sangre del animal traía el perdón de su pecado; sexto, que Dios, quien perdonaba su pecado, aceptaba la muerte del animal en lugar de la suya propia; séptimo, que por esta ceremonia podría regresar a casa en paz con Dios.

Los que diariamente asistían al atrio del santuario con su ofrenda, ¿cuánto de esto entendían? ¿Comprendían acaso que simbolizaba la muerte del Mesías venidero? No lo sabemos. Sospechamos, sin embargo, que para muchos se convirtió en una mera rutina religiosa, con el fin de apaciguar sus conciencias. Y debe de haber sido así, porque en varias ocasiones Dios dijo a su pueblo que rechazaba sus sacrificios, que eran vanos e inútiles, y que los hacían por motivos equivocados (Heb. 10: 8). Tanto se pervirtió el sistema, que Dios tuvo que desecharlo finalmente.

Para que estos sacrificios cumplieran su propósito educativo y ayudaran a resolver provisionalmente el problema del pecado en la vida humana, la gente tenía que ofrecerlos con una fe firme en Dios.

Meditemos en esto: Mediante el establecimiento de un sistema simbólico de sacrificios y ofrendas, la muerte de Cristo había de estar siempre delante del hombre culpable, para que pudiera comprender mejor la naturaleza del pecado, los resultados de la transgresión y el mérito de la ofrenda divina.

Pecado voluntario

Si después de recibir el conocimiento de la verdad pecamos obstinadamente, ya no hay sacrificio por los pecados (Hebreos 10: 26).

EN EL RITUAL DEL SANTUARIO, solo se proveía solución al pecado cuando este era involuntario o inadvertido. La ley decía: «Si el que peca inadvertidamente es alguien del pueblo, e incurre en algo que los mandamientos del Señor prohíben, será culpable» (Lev. 4: 27). El pecado no se disculpaba porque fuese hecho involuntariamente. Pero se proveía una manera para resolverlo mediante el ofrecimiento del sacrificio respectivo: «Así el sacerdote hará expiación por él, y su pecado le será perdonado» (vers. 31). En todos los casos que se ofrecía perdón al transgresor, se debía a que el pecado era involuntario (vers. 1, 13, 22; 5: 14, 17, 18; 22: 14; etc.). En el sistema de expiación del santuario no se ofrecía perdón ni expiación por el pecado voluntario. Este se define como rebelión abierta y descarada contra Dios. Se castigaba con la muerte.

Seguramente no se expiaba en el santuario porque, siendo un acto de arrogancia y rebelión abierta y descarada contra la ley de Dios, la persona no sentía necesidad de arrepentimiento ni de confesión (que implica aceptación de culpa) ni de perdón. En tal circunstancia, el individuo se colocaba fuera del alcance de la misericordia divina. A este pecado se refiere Hebreos, cuando dice: «Si después de recibir el conocimiento de la verdad pecamos obstinadamente, ya no hay sacrificio por los pecados. Solo queda una terrible expectativa de juicio, el fuego ardiente que ha de devorar a los enemigos de Dios. Cualquiera que rechazaba la ley de Moisés moría irremediablemente por el testimonio de dos o tres testigos» (Heb. 10: 26-28).

Por lo tanto, cuando el pecador se arrepentía, el pecado era considerado involuntario, como hecho sin querer. Todos los pecados son hechos conscientemente, pero cuando media el arrepentimiento, Dios los considera como hechos involuntariamente. Mira a esa persona como si fuera inocente, sin la intención aviesa de pecar, sin arrogancia.

Para meditar: «Cristo está pronto para libertarnos del pecado, pero no fuerza la voluntad; y si por la persistencia en el pecado la voluntad misma se inclina enteramente al mal y no deseamos ser libres, si no queremos aceptar su gracia, ¿qué más puede hacer?» (*El camino a Cristo*, p. 33).

Pecados desiguales

*El Señor les dijo a Moisés y a Aarón: «Por no haber confiado en mí, ni haber reconocido mi santidad en presencia de los israelitas, no serán ustedes los que lleven a esta comunidad a la tierra que les he dado»
(Números 20: 12).*

EN LA EXPIACIÓN REQUERIDA POR EL SISTEMA ritual del santuario, no todos los pecados se expiaban de la misma manera. Ya vimos que había ciertos pecados que no tenían expiación. Pero entre los que sí tenían, se hacían dos consideraciones que nos ayudan a entender mejor la justicia y la misericordia de Dios.

La primera consistía en que no todos los pecados eran iguales a la vista de Dios, considerados desde el punto de vista de la ofrenda requerida para la expiación. Debemos aclarar que todo pecado es una ofensa contra Dios, y que, desde la perspectiva de la santidad divina, todo pecado conlleva la ira de Dios. En este sentido, no hay pecado pequeño delante de Dios.

Sin embargo, de acuerdo a la ley levítica, para expiar los pecados involuntarios se hacía diferencia entre una persona y otra. El israelita común debía llevar una ofrenda menor que la del gobernante, o de toda la congregación. Aparentemente, Dios consideraba más grave el pecado del dirigente y de la comunidad entera, que el de alguien común del pueblo. Notemos: «Si el que peca inadvertidamente es alguien del pueblo [...] llevará como ofrenda por su pecado una cabra sin defecto» (Lev. 4: 27, 28). Si quien cometía la falta era todo el pueblo, se procedía diferente: «Si la que peca inadvertidamente es toda la comunidad de Israel [...] deberá ofrecer un novillo como sacrificio expiatorio» (vers. 13, 14). Si el que pecaba inadvertidamente era uno de los gobernantes, «llevará como ofrenda un macho cabrío sin defecto» (vers. 22, 23).

Cuando Moisés y Aarón pecaron contra Dios en el asunto de sacar agua de la roca, el Señor reveló que el castigo del pecado del dirigente es más serio: «El Señor reprendió a estos guías y declaró que no debían entrar en la tierra prometida. Ante la hueste hebrea el Altísimo demostró que el pecado del dirigente fue mayor que el de quienes eran guiados» (*Alza tus ojos*, p. 297).